

“CONVERSACION EN LA CATEDRAL”, NOVELA DE MARIO VARGAS LLOSA

por FERNANDO URIARTE

Mario Vargas Llosa, uno de los grandes cateadores de la vida peruana *La Ciudad y los Perros*, *La Casa Verde*, *Los Jefes*, tiene apenas treinta y cuatro años y es uno de los émbolos del *boom* novelístico hispanoamericano. Su estilo narrativo —como el de García Márquez, Cabrera Infante o Julio Cortázar— se ciñe radicalmente a la índole nacional, al giro cotidiano, íntimo, de la comunicación interindividual que yacía intocada en su viveza, en su retorcida espontaneidad, en la vertiginosa concisión expresiva que caracteriza la entraña de lo que para el peruano es comunicable. No es por puro capricho, o por pujo de renovación formal como crean los ubicuos equipos de la “crítica nueva”, que este novelista escribe en la página 53 la siguiente frase: “El Teniente tocó la puerta y esperó y oyó pasos y una voz quién es”. Esto se ha dicho en el Perú y en el mundo siempre de otra manera, sin que por ello la frase rindiera una significación mayor. Con todo, este gracioso modito ahorrativo es en el Perú vieja secreción histórica, vigente, que pasaba falseada a la literatura.

Vargas Llosa lo beneficia tal cual lo encuentra, sin retoque, y eso, sorpresivamente, resulta nuevo, siendo a lo más lo original de la nación, puesto que lo original supone origen. En esta búsqueda de lo peculiar-espontáneo, Vargas Llosa encuentra canteras. Se ha propuesto escribir una novela política (*Conversación en la Catedral* consta de dos tomos), tomando como base no la política misma, en el juego de sus fantasmagorías ideológicas, sino a los seres que padecen de alguna manera la política sin ser políticos, a las vidas tronchadas, desviadas o frustradas por el torrente demagógico que ha invadido nuestro continente.

Entre esos sujetos oscuros, o a media luz, está *Santiago Zavala* —*Zavalita*—, en torno a quien el novelista construye una complicada sonata de tres diálogos simultáneos. Este joven, heroico-sin alegría, se pregunta en la cuarta línea de la primera página por un hecho muy vago e imprecisable, como que alude a un secreto de la vida peruana: “¿En qué momento se había jodido el Perú?” Porque *Zavalita*, caminando cabizbajo hacia la Plaza San Martín de Lima, piensa que él es como el Perú, que en algún momento él también se había jodido. ¿En cuál?

A mi juicio la pregunta que se hace *Zavala* contiene el tema central de la novela, esa sospecha más o menos consciente de todos los personajes, que en un recodo de la vida se abrieron irremisiblemente a otra cosa, perdieron la brújula, se encheucaron. Desde dentro de la narración movедiza,

cambiante, se levantan humanas fosforescencias: periodistas, policías, estudiantes, cholos y cholas, senadores, que con alguna precisión saben cuándo fue que se jodieron.

De duda en duda va rumiando *Santiago Zavala* la pregunta clave: ¿Cuándo?, en las farras con los amigos periodistas. Puede que ahí. O tal vez en la Universidad: “Porque gracias a San Marcos me jodí”; o en el momento que supo que todo Lima sabía que su padre era marica; o, para no abundar demasiado, cuando se casó con *Ana*, una enfermera que lo ayudaría con su sueldo a mal vivir en una pensión. “¿Ahí, *Zavalita*?”

El otro centro del libro es la vida política en torno a Odría, con un personaje soberbiamente diseñado: Cayo Bermúdez, el siniestro chinchano lupanario, amo y señor de la infraestructura policial, empinándose a Fouché de baratillo en la colmena virreinal.

“Uno se defendía del Perú como podía”, piensa *Zavala*, irremediamente despegado, incapaz ya de escuchar el vals criollo (“¿Por qué cada vals criollo sería tan, tan huevón?”); de integrarse a un país en que “hasta la lluvia andaba jodida”; a una ciudad color caca: “el color de Lima, piensa, el color del Perú”; un país donde el que no está jodido jode a los demás.

El desbarajuste de la vida privada en contacto con el reformismo político que en el Perú resulta ser invariablemente el abuso de unos pocos contra el resto; las escaladas exitosas de los políticos profesionales; el sacrificio estéril de las promociones juveniles estimuladas por vendavales ideológicos de todos los colores; el interminable, el renovado fin de la aventura que deja al desnudo la vida de siempre, en espera de otro ideólogo o de otro general... Toda esa temática que por su frecuencia ha llegado a constituirse en categoría de la novela hispanoamericana, manejada anteriormente por David Viñas (*La Semana Trágica*, *Hombres de a Caballo*), Beatriz Guido (*El Incendio y Las Vísperas*), Marta Lynch (*La Alfombra Roja*, *La Señora Ordóñez*), Carlos Fuentes (*Las Buenas Conciencias*), Mario Benedetti (*Gracias por el Fuego*), reaparece en el complicado discurrir de esta novela residual, recogida en las entrañas del hombre peruano.

La normal inseguridad de toda vida se ha enriquecido con los efectos de un ingrediente político que la cubre y condiciona progresivamente. El continente iberoamericano sorbe por todos sus poros una zarabanda ideológica de origen

remoto y pretensión universalista, que intenta simultáneamente, en todas sus variantes, con arrebatado desesperado, alcanzar niveles de existencia que son de suyo tardígrados. No parece posible importar modos de existencia como quien importa whisky. El Perú que desnuda Vargas Llosa en *Conversación en la Catedral*, todo lo tortuoso y envilecido que se quiera, es una realidad vigorosa y atrayente que no se ha inventado en un año. Es una densa secreción histórica firmemente estructurada que debe encontrar en sí misma la razón de los cambios deseables, dando vía libre a un estilo de vida que desborda las páginas de este novela magistral. La farmacopea ideológica de urgencia, por muy europea que sea, no nos parece adecuada para levantar la humanidad infeliz que presenta el novelista desde dentro, en pura presencia reveladora de modos secretos de decir, de vivir, de ser.

Vargas Llosa anula todas las distancias posibles entre el narrador y lo narrado. Su ubicuo "punto de hablada" está siempre en el subterráneo del hombre, desde allí tendrá que crecer la norma liberadora máximamente expresiva de una intimidad que quiere superarse, integrándose en sí misma.

El instrumento detector de la vida que es la novela —y no es más que eso— da en Hispanoamérica tornasoles nacionalistas, sigue bajando tenazmente, y a medida que perfora surgen intimidades regionales o nacionales inéditas, que chocan, se gastan y se arruinan en la frecuentación del exotismo ideológico con que intentan favorecerla iluminados teóricos que no han podido resolver a la hora de hoy los problemas de su propio vivir desorientado.

Recuerdo, para terminar, una graciosa y certera novela política peruana debida a la pluma de César Falcón: *El buen Vecino Sanabria U.* Es un antecedente de *Conversación en la Catedral* referido gozosamente a la epidermis del Perú. Aprovechando otra tembladera política —no por eso fundamentalmente distinta— Mario Vargas Llosa, ya lo hemos dicho, se ha sumergido hasta ese lugar de cada cual donde surge la enorme complicación de la vida social, de la cual es la política sólo un retazo muy visible y estridente, pero menor. *Conversación en la Catedral* merece ser estudiada prolijamente. Hay ración para todos, hasta para los estructuralistas de la "crítica nueva".

("Una experiencia continental:...

(de la pág. 54)

informes. La comisión sobre política europea de la sociedad criticó duramente la burocracia, tecnocracia y la concentración de capitales de CEE. La tendencia más radical de esa comisión rechazó enteramente el sistema capitalista y propuso como alternativa una Europa socialista. La comisión de relaciones internacionales abundó sobre los mismos puntos y atacó el sistema europeo de ayuda al tercer mundo; este auxilio, según algunos, beneficia solamente a los capitalistas y a los regímenes feudales que la reciben. Un delegado de Surinam ilustró esas tesis en un discurso altamente crítico. La tercera comisión, sobre participación de la juventud, fue la que aportó proposiciones más concretas: creación de un Fondo Comunitario de la Juventud para apoyar a las asociaciones juveniles libres, respaldo a la propuesta de una Oficina Europea de la Juventud que incluya a los 18 países del Consejo de Europa y esté abierta a todos los jóvenes del continente. Algunos miembros de la comisión favorecían la idea de un Consejo Comunitario de la Juventud para promover el diálogo entre ésta y CEE, otros preferían un mecanismo más flexible que permitiera a las organizacio-

nes juveniles reunirse libremente. Otro sector de la comisión (que trabajó en dos grupos separados) propuso la creación de tres comisiones formadas por dirigentes juveniles y a cargo respectivamente de temas sociales y económicos, educativos e informativos.

Esta disparidad de propuestas refleja la controversia fundamental en torno a la *institucionalización* de la política europea de la juventud. Gran número de delegados, especialmente alemanes, eran partidarios de un organismo juvenil que no se limitara a los seis países del Mercado Común, sino que estuviera abierto incluso a los países de Europa del Este. Esta propuesta escapa a la competencia de la Comisión de CEE, la que sólo puede patrocinar órganos circunscritos geográficamente a los países miembros. En una declaración de CEE distribuida a los delegados se explicaba que la iniciativa de la "Europa de los 18" promovida desde hace unos meses por el Consejo de Europa y la de "los seis" no se oponen en modo alguno: "Las dos acciones responden a finalidades precisas, distintas y complementarias".

Debido al tiempo perdido en cuestiones de orden y procedi-